El problema de las ballenas

Lo que las ballenas revelan sobre la conservación, el dinero y nuestra forma de valorar la naturaleza

Autor: Veer Supunya Devavrata

Resumen

Ante la próxima 70.ª reunión de la Comisión Ballenera Internacional en Hobart, el viejo debate sobre la caza de ballenas regresa bajo una nueva forma. La caza industrial nos enseñó qué ocurre cuando el apetito humano supera los límites de la biología. Pero ¿qué sucede cuando la conservación funciona, las poblaciones se recuperan y la ciencia indica que ciertos usos podrían volver a ser sostenibles? A partir de la ciencia de la CBI, del trabajo de IPBES sobre el uso sostenible y los diversos valores de la naturaleza, y de nuevos descubrimientos en el océano Índico, Veer Supunya Devavrata examina una cuestión más incómoda: **¿cuándo proteger la vida silvestre es una cuestión de ciencia de la conservación y cuándo pasa a ser una cuestión de nuestros propios valores?**

Hay ballenas muertas en el fondo del océano Índico. Bastantes, al parecer.

A principios de este año, científicos informaron del hallazgo de una notable concentración de restos de ballenas a lo largo de aproximadamente 1.200 kilómetros de la Zona Diamantina, entre Australia y la Antártida. Encontraron caídas de ballenas modernas y cientos de cetáceos fósiles, algunos de millones de años de antigüedad. Cuando una ballena llega al fondo marino, todo un mundo se pone en marcha. Primero llegan los carroñeros, seguidos de gusanos, moluscos y bacterias. Con el tiempo, los propios huesos se convierten en hábitat. Un solo cadáver puede sustentar vida mucho después de que la ballena haya dejado de ser reconocible como tal.

Me encontré con esta investigación mientras me preparaba para la reunión de la Comisión Ballenera Internacional en Australia y me hizo gracia la coincidencia. Llevamos décadas discutiendo si los seres humanos deberían matar ballenas. Mientras tanto, la naturaleza lleva millones de años reciclándolas.

“Los gusanos se las comen de todos modos” sería, lo admito, una intervención bastante pobre en una convención internacional. Pero el descubrimiento se quedó conmigo porque complicaba algo que hasta entonces había dado por sentado sobre las ballenas.

Crecí, como la mayoría de las personas de mi generación, con una idea bastante sencilla sobre ellas. Las ballenas eran magníficas, inteligentes y vulnerables. La humanidad las había cazado casi hasta la extinción hasta que ambientalistas, científicos y gobiernos finalmente hicieron algo al respecto. En algún punto entre los libros de texto, los documentales de naturaleza y esa imagen tan familiar de una cola desapareciendo bajo un mar perfectamente azul, se instaló una ecuación moral: matar ballenas estaba mal; salvarlas estaba bien.

Gran parte de esa historia es cierta, y deberíamos estar agradecidos a quienes contribuyeron a cambiarla. La caza industrial de ballenas fue devastadora. Los barcos de vapor, los arpones explosivos y los buques factoría eliminaron gran parte de la protección que antes ofrecían la distancia, la velocidad y la inmensidad misma del océano. Algunas poblaciones de ballenas quedaron reducidas a una fracción de su abundancia original.

Nunca he entendido por qué los defensores del uso sostenible se ponen a veces a la defensiva ante historias como esta. La explotación insostenible no es una prueba en contra del uso sostenible. Es la prueba de por qué importa la primera palabra. Un recurso renovable sigue siendo renovable únicamente mientras nuestro apetito se mantenga dentro de sus límites biológicos. Llámese caza de ballenas, pesca, aprovechamiento forestal o caza terrestre; las matemáticas son maravillosamente indiferentes a la ideología.

La Comisión Ballenera Internacional fue restringiendo progresivamente las capturas antes de adoptar en 1982 la decisión que llevó a establecer en cero los límites de captura comercial a partir de la temporada 1985/86. “Salvar a las ballenas” se convirtió en una de las grandes victorias del ambientalismo.

Después llegó la parte incómoda.

Algunas poblaciones de ballenas se recuperaron.

No *las ballenas*. No existe una población llamada “las ballenas”, del mismo modo que no existe una población llamada “los peces”. Las especies son diferentes, las poblaciones son diferentes y las amenazas son diferentes. Algunas ballenas siguen atravesando serias dificultades. Otras se encuentran en una situación biológica que guarda poca semejanza con la crisis que dio origen al movimiento moderno contra la caza de ballenas.

Lo que me interesa es lo que hizo después la CBI. Tras la moratoria, su Comité Científico dedicó ocho años a desarrollar el **Procedimiento de Gestión Revisado** (*Revised Management Procedure*, RMP), finalmente adoptado en 1994. El RMP fue diseñado específicamente para estimar límites sostenibles de captura comercial de ballenas barbadas, teniendo en cuenta la considerable incertidumbre inherente a la ciencia de las ballenas. La conservación recibió la máxima prioridad, incluida una regla que no permite capturas de poblaciones situadas por debajo del 54 % de su capacidad de carga estimada.

Posteriormente, el RMP no se aplicó para establecer los límites de captura comercial de la CBI. La Comisión había decidido que debía funcionar únicamente como parte de un sistema más amplio, el **Revised Management Scheme**, que incluía medidas de seguimiento y cumplimiento; las negociaciones sobre ese sistema acabaron llegando a un punto muerto.

Hay algo extraordinariamente revelador en esa historia. La principal institución mundial para la conservación de las ballenas no llegó a la conclusión de que el aprovechamiento sostenible fuera científicamente imposible. Desarrolló un mecanismo científico deliberadamente conservador para calcularlo. Por tanto, el debate sin resolver era más amplio que la biología de poblaciones: no se trataba simplemente de cuánto *podían* extraer los seres humanos sin comprometer una población, sino de en qué circunstancias *deberían* estar autorizados a hacerlo.

Esa distinción entre *poder* y *deber* está en el centro del debate sobre las ballenas, y la ciencia resulta menos útil una vez que cruzamos esa frontera. La ciencia puede estimar la abundancia,

la incertidumbre y el riesgo. Puede decirnos que una población está agotada mientras otra puede soportar cierta mortalidad. No puede decirnos si comer una ballena es moralmente aceptable.

Esa es una cuestión de valores.

La ballena en el plato

Imagine dos comidas. Una contiene pescado procedente de una pesquería saludable y bien gestionada. La otra contiene carne de ballena procedente de una población saludable, capturada dentro de un límite determinado científicamente.

Para muchos de nosotros, incluido yo, esos dos platos no producen inicialmente la misma sensación. La inteligencia podría explicarlo, salvo que los cerdos son extraordinariamente inteligentes y eso apenas ha reducido el entusiasmo de la humanidad por la carne de cerdo. La sintiencia tampoco nos lleva mucho más lejos; los pulpos complican el argumento antes incluso de que hayamos salido del menú de mariscos. Longevidad, vínculos familiares, importancia ecológica: casi todas las distinciones aparentemente objetivas empiezan a tambalearse cuando se aplican de manera coherente.

Lo cual sugiere que quizá la diferencia no esté en la ballena. **Quizá esté en nosotros.**

Durante el siglo XX, la ballena experimentó quizá el mayor cambio de imagen de la historia de la vida silvestre. Un animal asociado al aceite, la carne, los huesos y la industria pasó a estar asociado con el canto, la inteligencia, la familia y la naturaleza salvaje. La televisión llevó a las ballenas a hogares que nunca habían visto el océano. Las organizaciones ambientales convirtieron su protección en una de las causas más reconocibles de la conservación.

Esa transformación ayudó a salvarlas. También cambió los términos del debate.

El argumento más sólido contra la caza industrial de ballenas había sido biológico: las poblaciones estaban siendo destruidas. A medida que algunas poblaciones se recuperaron y la gestión científica se hizo más sofisticada, la oposición fue incorporando cada vez más otra proposición: sencillamente, las ballenas no deberían ser matadas.

No hay nada ilegítimo en esa postura. Los derechos de los animales constituyen una filosofía moral, y las filosofías morales tienen todo el derecho a llegar a conclusiones.

El problema comienza cuando la confundimos con la ciencia de la conservación.

Si una población va a disminuir como consecuencia de su aprovechamiento, ese es un argumento de conservación. Si un método de matanza provoca un sufrimiento inaceptable, ese es un argumento de bienestar animal. Si la postura es que los seres humanos no deberían matar deliberadamente ballenas independientemente de su abundancia, ese es un argumento basado en los derechos de los animales.

Pueden coincidir sin ser intercambiables.

El dinero hace que esta distinción resulte particularmente interesante.

El dinero nunca abandonó a la ballena

A menudo se habla de la caza comercial de ballenas como si el hecho mismo de atribuirles valor económico fuera parte del problema. Sin embargo, el dinero nunca abandonó realmente a la ballena.

Simplemente cambió de barco.

Antes seguía a las ballenas a bordo de buques factoría. Hoy las sigue a bordo de embarcaciones de avistamiento, a través de documentales, campañas turísticas, llamamientos conservacionistas y campañas de recaudación de fondos.

No hay nada inherentemente malo en ello. Crear valor económico alrededor de animales silvestres vivos puede ser un excelente mecanismo de conservación. Pero hace que el lenguaje en torno al uso comercial resulte bastante curioso. El valor económico asociado a una ballena capturada se presenta con frecuencia como algo moralmente contaminante, mientras que el valor económico derivado de observar, fotografiar o hacer campaña en torno al mismo animal se celebra.

Quizá nuestra objeción nunca haya sido realmente monetizar las ballenas. Simplemente hemos desarrollado opiniones muy firmes sobre qué formas de valor consideramos aceptable monetizar.

Una empresa de avistamiento de ballenas es comercial. Un documental sobre vida silvestre es comercial. Las organizaciones conservacionistas pueden recaudar fondos legítimamente para proteger ballenas. Nada de esto nos dice si debería existir la caza comercial de ballenas, pero sí significa que “comercial” no puede utilizarse razonablemente como sinónimo de “insostenible”.

Esto importa porque las organizaciones defensoras de los derechos de los animales tienen todo el derecho a sostener que las ballenas poseen derechos que hacen inaceptable matarlas deliberadamente, independientemente del estado de sus poblaciones. Lo que resulta menos convincente es permitir que esa postura moral tome prestado el lenguaje de la extinción o de la conservación cuando la evidencia biológica sobre una población determinada indica algo diferente.

Si la objeción es ética, hagamos el argumento ético. Puede ser un argumento poderoso.

Pero llamémoslo por su nombre.

La naturaleza tiene más de un valor

Mi trabajo con IWMC en torno a IPBES me ha llevado a pensar esta distinción de otra manera.

En 2022, IPBES completó importantes evaluaciones sobre el uso sostenible de las especies silvestres y sobre los diversos valores y la valoración de la naturaleza. Detrás de la espectacular capacidad de las instituciones internacionales para hacer que ideas fascinantes suenen burocráticas se encuentra una proposición bastante radical: los seres humanos no tenemos una única relación con la naturaleza.

Pescamos, cazamos, recolectamos, observamos, fotografiamos, estudiamos, protegemos y comerciamos con especies silvestres. Para muchos pueblos indígenas y comunidades locales, estas relaciones están vinculadas a la alimentación, la cultura, la identidad y el territorio. La naturaleza puede poseer valor intrínseco y, al mismo tiempo, valores culturales, relacionales y materiales.

Las ballenas hacen que esto resulte maravillosamente difícil.

Una persona ve a un individuo inteligente que nunca debería ser matado deliberadamente. Otra ve un animal inserto en una relación cultural que se extiende a lo largo de generaciones. Otra ve alimento. Otra, ingresos procedentes del turismo. Un científico puede ver todo eso y, al mismo tiempo, una estimación de abundancia y una tasa reproductiva.

Ninguno de esos valores altera la biología. Si una población no puede soportar su aprovechamiento, la cultura no puede hacer desaparecer la aritmética. La economía no puede negociar con la reproducción y la política no puede votar para devolver a la existencia una población extinta.

La naturaleza también tiene voto.

Pero una vez que la biología nos dice que una población *puede* soportar un determinado nivel de uso, la ciencia solo ha completado una parte de la conversación. Lo que queda es discutir qué relaciones con ese animal considera legítimas la sociedad.

La cuestión se vuelve particularmente incómoda cuando una cultura posee suficiente poder político para convertir su relación preferida con la naturaleza en una norma universal.

La CBI ya convive con esta complejidad. La caza aborigen de subsistencia de ballenas funciona bajo límites de captura fundamentados científicamente, reconociendo necesidades nutricionales y culturales al tiempo que mantiene salvaguardias de conservación. Las comunidades indígenas siguen cazando ballenas dentro de este sistema.

Por tanto, ya hemos aceptado la proposición aparentemente contradictoria de que una ballena puede ser conservada, respetada, culturalmente importante y, al mismo tiempo, matada.

El verdadero desacuerdo está en las circunstancias bajo las cuales esa relación es legítima.

Y después está toda la economía oceánica que rodea esta cuestión.

La CBI estima que al menos **300.000 cetáceos mueren cada año como captura incidental en las pesquerías**. Ballenas, delfines y marsopas se ahogan en redes o quedan enredados en artes de pesca; las ballenas de mayor tamaño pueden sobrevivir inicialmente, pero arrastrar después aparejos que dificultan su alimentación, les provocan heridas y finalmente las matan. La CBI describe la captura incidental como la amenaza directa más grave para los cetáceos a escala mundial.

Hay algo peculiar en dedicar una enorme energía moral a la captura intencional de ballenas mientras cientos de miles de cetáceos pueden desaparecer cada año dentro de la maquinaria de una economía oceánica en la que la mayoría de nosotros participamos sin pensarlo demasiado.

Esto no justifica matar una ballena más. Simplemente nos pide coherencia acerca de por qué importa la muerte de una ballena. Si nuestra preocupación es el bienestar animal, importa un animal que muere lentamente atrapado en un arte de pesca. Si nuestra preocupación es la conservación, importa la mortalidad a nivel poblacional independientemente de que el animal fuera el objetivo de la captura. Si nuestra preocupación, en cambio, es que matar deliberadamente una ballena es intrínsecamente incorrecto, entonces estamos manteniendo una conversación distinta.

Una vez más, la ballena tiene la costumbre de revelar nuestros valores.

Hobart

Este septiembre viajaré a Hobart para asistir a la 70.ª reunión de la Comisión Ballenera Internacional, donde representaré a IWMC (*Integrating Wildlife, Markets and Conservation*).

Entre las resoluciones incluidas en la agenda de 2026 figura una titulada **“Resolución para la implementación de un programa de conservación y gestión de las poblaciones de ballenas orientado al uso sostenible de los recursos balleneros”**. En la misma reunión se abordarán las colisiones con embarcaciones, las capturas incidentales, los varamientos y una propuesta de Santuario de Ballenas del Atlántico Sur.

No considero contradictorio que esos asuntos convivan en una misma agenda. Una institución dedicada a la conservación debería ser capaz de proteger una población agotada y, al mismo tiempo, considerar si una población abundante puede soportar algún tipo de uso. Debería preocuparse tanto por los animales muertos accidentalmente como por los que mueren de manera deliberada, y debería ser capaz de considerar el bienestar, la cultura, la ciencia y la economía sin fingir que cualquiera de esos elementos hace desaparecer a los demás.

El uso sostenible, por su parte, debería ser un estándar irritantemente difícil de cumplir. La población debe estar sana, la ciencia debe ser creíble, las capturas deben ser objeto de seguimiento, el bienestar animal debe tomarse en serio y las instituciones deben ser capaces de hacer cumplir los límites. Las demás fuentes de mortalidad causada por el ser humano deben incluirse en el cálculo. Y, sobre todo, el uso debe detenerse cuando las condiciones biológicas que lo justificaban dejen de existir.

Cuando esas condiciones no pueden cumplirse, hay muy poco que discutir. Cuando sí pueden cumplirse, sin embargo, deberíamos ser honestos sobre lo que queda. Puede que el desacuerdo ya no sea principalmente una cuestión de biología de la conservación. Puede tratarse de cultura, ética, derechos y de los tipos de relación con la naturaleza que hemos decidido considerar aceptables.

Mi generación heredó “Salvar a las ballenas”.

Deberíamos estar agradecidos por ello. Las generaciones anteriores nos enseñaron, a un enorme coste ecológico, qué sucede cuando los mercados y la tecnología superan los límites de la biología. No hay nada progresista en olvidar esa lección.

Pero quizá nos dejaron la parte más difícil.

Ellos tuvieron que averiguar cómo dejar de matar demasiadas ballenas. Nosotros tenemos que averiguar qué significa la conservación cuando algunas poblaciones se recuperan, cuando la ciencia mejora y cuando las reglas creadas durante una época de escasez se encuentran con una época de abundancia.

Eso no significa que esas reglas de pronto sean incorrectas. Significa que su propósito debe seguir abierto al examen. La conservación debería ser capaz de responder a la recuperación con la misma inteligencia con la que responde al declive.

También significa aceptar que un animal puede ser amado y utilizado al mismo tiempo, porque los seres humanos han hecho exactamente eso durante la mayor parte de nuestra historia. El respeto no significa lo mismo en todas las culturas, y la relación preferida por una sociedad urbana situada a miles de kilómetros no es automáticamente más ilustrada que la relación de las personas que realmente viven con una especie silvestre, dependen de ella o la consumen.

No espero que Hobart resuelva todo esto. Las reuniones internacionales rara vez resuelven las contradicciones de la humanidad antes del almuerzo.

Pero en algún lugar al suroeste de Australia, a kilómetros de profundidad bajo el océano Índico, esas ballenas muertas seguirán alimentando otras formas de vida. Ya lo hacían mucho antes de que el primer buque factoría zarpara y, presumiblemente, seguirán haciéndolo mucho después de que nuestros debates sobre las ballenas hayan vuelto a cambiar.

Sigo volviendo a ellas porque ofrecen una corrección útil a la forma en que a veces pensamos sobre la conservación. La naturaleza no es ni un museo ni una obra de teatro moral. Una ballena puede ser magnífica y mortal. Puede ser inteligente y comestible. Puede ser culturalmente sagrada para una persona y culturalmente importante *como alimento* para otra. Ninguna de esas descripciones nos dice si extraer un individuo de una población concreta es sostenible.

Para eso seguimos necesitando la ciencia.

Y quizá ahí es donde me encuentro antes de Hobart. Hicimos bien en dejar de fingir que los océanos eran inagotables. Hicimos bien en proteger las poblaciones de ballenas que nuestros propios apetitos habían devastado. Pero si la conservación tiene éxito, ese éxito debería permitirnos reconocer la diferencia entre **un animal que no debemos utilizar porque no podemos sostener su uso, y un animal que hemos decidido no utilizar porque ya no aprobamos su utilización.**

Ambas son decisiones que una sociedad tiene derecho a tomar.

Solo una de ellas es una conclusión de la ciencia de la conservación.

Creo que les debemos a las ballenas —y nos debemos los unos a los otros— la honestidad de saber qué argumento estamos defendiendo.